

Cuatro Poetas Argentinos

Bernardo Uchitel

Hugo Padeletti

Aldo Oliva

Francisco Madariaga

Poemas

**Vi esta mañana
una mariposa amarilla
entre las chapas y las paredes
El viento de la noche la trajo
Pálida
en la primera luz
no terminaba de irse**

Pasan . . .

**Pequeños patos salvajes
pasan
sobre la ciudad
Su silbido
en mis noches de insomnio**

Anduve por ahí

**Los árboles y la tierra
parecían los mismos
De lejos venía
el ruido de la trilla
y en el cielo de sol
las bandadas
de palomas de la virgen
No se vuelve
No se parte**

Desde Concordia a Basavilbaso

**La garza blanca por el cielo
siguiendo la línea del río
los arroyos afluentes
y los naranjos
se iban por la ventanilla del tren
Y vos recostada
en el ángulo de la ventanilla y el asiento
sonreías contenta
ensimismada en el viaje y el destino
Lanzados desde el sin principio
hacia el sin fin
llevamos la muerte y sonreímos
Durante la noche bebimos
cerveza bien fría
y cuando llegamos
llovía ya un poco
dijiste:
"Se sentía el olor de la lluvia"**

¿Qué se hizo de mi rastro
cuando el viento caliente removió el polvo
y dónde estaba yo
cuando se levantó la parte de las colinas
y se hundió la parte de los ríos?

Con una voz me dije:
vos y tus dudas
se hundirán
en un oscuro remolino
para siempre
Un poco de sangre caliente
hundida en las aguas turbulentas
No podrás ver
las altas barrancas
desde donde hombres y mujeres
miran pensativos
el ancho río

Y toda esa agua desembocando
hacia Buenos Aires
y en Zárate el Ferry Boat
y el agua aceitosa anunciando
los picos altos de las fábricas

**Me senté en la orilla a mirar
cómo pasa el Ferry Boat
blanco y largo sobre las aguas turbias**

**Y a mis espaldas
la otra voz decía:
Canta, canta calandria mía
la hilera de los durazneros
está rodeada de escombros
y bajo el sol del verano
en los pajonales
— frágiles y secos cantores —
la furia de los caranchos
ronda las vacas muertas
Canta, canta Calandria mía**

**Y de nuevo
la tierra
levantándose
en polvo.**

A un amigo en Caracas

**El asfalto se vuelve
gris brillante al mediodía
Me imagino que lo cruzas
en esa ciudad sin veredas
tan lejos
agitado y sudoroso en medio del tráfico
Si estuvieras aquí
estaríamos
a la sombra de la casa de altos
mirando cómo se levanta
el vaho de la ciudad**

Temor ancestral

**Quando suceda en mí
la eclosión de los cielos
seré
como los antiguos
temeroso**

**En un verano propicio
de pasto amarillo manchado
mojaré los pies en el arroyo del sol**

**El aroma esparcirá
la sombra
donde ronda la mosca verde**

**El pozo más hondo llamará
cerrando su boca negra**

**Sin luz
como los antiguos
imploraré**

Une saison en enfer

Encuentro mucho que admirar (abrupta
belleza
por lo pronto) y aún
mucho para integrar (esa insolencia
de lo drástico) en esta formación
volcánica.

Algo, por ejemplo,
como el pájaro vivo
en la caja del áspid o la escueta
confesión policial:
—‘Tuve que violarla’.
Desde ya, no se trata
de catedrales sumergidas.

Es el caso más bien, entre otras cosas,
de las reses colgadas
(aunque claro, con cruda complacencia)
en el mercado.

De la dura y tenaz constatación
HOMO HOMINI LUPUS
de que la historia es necesaria. Nada
de sepulcros blanqueados.

¿No es lo opuesto (hasta huele
mal)
del jardín de la infanta,
de toda (¿hay que decirlo?)
esa sublime voluptuosidad (delicuescencia
de la rosa)
bajo los párpados?

Donde el aire
se rarifica, la directa
explosión animal
tiene la revelación de la cosa.
Y tiene la forma
de la explosión, tan
expresiva,
aunque no la forma de la cosa.

Pero de ahí a condecorar
al Vesubio
hay un paso.
La sirena es peor. La mala
conciencia,
menos mala.

'Todo es tesoro en nuestra propia casa':

a Aído Oliva

la prosa, el sol, la taza
con el resto de leche que se agrió;
el piso, el peso, el lazo

que abraza al otro yo; la acorralada
cucaracha
que recorre su propio desatino.

¿No se agacha, no entra en estrecheces,
no encuentra su camino entre las heces,
aquí o allá,

que son fervor, cultivo, encantamiento
de vivos monumentos clandestinos?
Sólo al sesgo los mínimos destinos

de vida y muerte, aliento y alimento
y luego ¿que? son luces de granates
almandinos.

**Refieren, los que han visto,
que la basura brilla, que la oscura
coraza del apego suele fundir, que el día**

**del contento
es este instante, atento, venturoso,
abierto a todo, calmo, regalado,**

**un millón de diamantes reflejados
en uno solo: enorme, facetado
y que respira.**

Una carta

Poner: 'El aire duele, las audaces espadas lo cortan' (por los lirios) es dudoso.

Agregar: 'Normalmente se atrasan' es didáctico.

Platón lo ejemplifica: comenzaba 'Mi querido Fulano'

—lo que sigue

es un tratado.

'... lo sabéis

(Seigné a su hija), sólo hablan de guerra. Por lo tanto prosigo con mi prosa.

Vuestro estilo

personal es perfecto, no dejéis jamás el natural. Por mi parte, es lo que sé: se teme, se entenece, se desea, se odia, se entristece, se está de fiesta. En fin, es algo extraordinario...

Es decir, embarcada

sin mi anuencia, ¿cómo saldré? ¿cómo será la puerta?... Es molesto, es difícil de comprender, hay que callarse.

**Las noticias, este año,
en nada se distinguen
de las del otro. Yo me ahogo:
que verde y ruiseñores
den dulzura a mi mente. ¡Ay de mí,
que tengo mil dragones!**

Dios os guarde

**(y también de la tante
—elle m'incommode d'ici. No os escribo
detalles
porque no es lo apropiado).**

**Ni lo son
sentencias indiscretas (por ejemplo,
'El yo es odioso'),
alegatos, historia natural
ni discursos ex cathedra. A lo sumo,
la pizca de provecho
de un refrán:**

**'Al buen día
mételo en casa'.**

**Destinada
a ser pensada, escrita y enviada
im promptu,
es un don:**

**su pulido
consiste en su frescura.**

Laca china

a Carlos Eduardo Saltzmann

**La modestia sin nombre
que se eclipsó, dejando
su octógono acabado,
reverencio.**

**Me incluye
su reborde de oro en el recinto
de lo excelente:
su color, la medida
de su elocuencia
clarifican la mente.**

**En este plato rojo que depura
la atención con un lema:**

**Afinación,
lo opaco es transparente.**

El Tema de Proteo

**Otra vez (otra ola),
otro día (otro dios)**

en el derrumbe.

Yo soy la palabra que me oculta.

Soy la sospecha

airada de la eternidad.

Amame

(mientras nos devoramos)

como a los pájaros

que siempre vuelven.

Soy una boca de hambre

y un teorema de barro.

Abjuré del misterio

y mi ceniza

se desflagra en la luz.

Te poseo,

mi amor,

en las tinieblas.

Yo me llamo también.

¿Pero quién eres tú,

Inamovible Dama, en este sueño?

Muere Nerval

Allí,

agua fina de Castalia
en el limo de L'île de France.
Bosques rosados (en la bruma)
guardan el sueño
donde la eternidad
gime en el cobre de los sistros.
La palabra se extingue,
pero
Isis, la madre,
vela.

Tiéndete,
tiéndete, niño,
sobre la negra
seda de la locura,
a nacer desde el útero floral
de la gracia corrompida.
Tu vino surtirá por el venero de oro.
Tu pan redimirá la esclavitud del verbo.
Culmínate,
tierna criatura de la muerte.

Allí,

bajo el cimbrón famoso de la cuerda

duerme el ojo de Dios.

Tu eres su sueño.

Un hilo de Castalia

quebrantado en la órbita.

La prosodia de amor

acallada en las piedras.

Vierte.

vierte por fin tu dulce

singladura mayor

por el mar de la niebla.

Ya no profanarán tu aire las palabras.

Ya no habrá más allá.

Penétrate en tu voz.

Allí,

se alza la norma del diapasón supremo

(espejo mi temblor en tu elemento)

“et l’Olympe un instant chancela vers

l’abîme”.

Espina Dorsal

Nadie:

un hombre en vigilia
piensa.

Piensa:

“Un hombre en vigilia
¿piensa?”

¿Un hombre?

(piensa)

¿Nadie

piensa un hombre en
vigilia?

Sí,

(un hombre)

en la vigilia piensa:

“sed, sol, sede, soledad”,
piensa (a) un hombre que dijo

“sed (e)

sol(edad)”,

pero sólo

después que giró frente al espejo,
se acercó a la ventana
y la noche candente

lo devolvió al sueño

de Nadie.

Criollo del Universo

**El blanco océano gira en mi corazón
mientras canta el otro océano de plata amarilla,
que se desprende de las aguas del sol.**

**Ya es muy tarde para ser sólo de una provincia,
y muy temprano para pertenecer,
todo,
al planeta del venidero y sangrante
resplandor.**

**Oh, acude a mí, a mi jerarquía de peón del planeta,
gaucho con trenzas de sangre,
mi padre,**

**y ensíllame el mejor caballo ruano del universo:
para atravesar el agua de oro de la muerte,
y escucharme,
todo,
siempre en ti.**

El blanco océano solloza por la inmortalidad.

Tembladerales de oro

a la memoria de Alfredo Martínez Howard

**El dolor ha abierto sus puertas al agua de oro del oro
que arde contra el oro de los ocultos
tembladerales que largan el aire de oro hacia los
rojos destinos pulmonares con el
acuerdo de los fantasmas de oro coronados por los
juncos de oro bebiendo los caballos de oro los
troperos de oro envueltos en los ponchos de oro
— a veces negro, a veces colorado celeste verde —
y el caballero que repasa las lagunas de los oros
naturalmente populares el que se embarca en las
balsas de oro con todos los excesos de pasajeros
de oro que manejan los caballos de oro con los
rebenques de oro bebiendo en la limetilla de oro
del barro de oro de los sueños de los frescos de
oro entre la majestad de las palmeras de oro y de
los ajusticiados y degollados en las isletas de oro
bajo de yacarés de oro del oro del amor.**

Madrugada entre caballos

**Qué magnífico País que es.
Cómo a los subjetivos les da subjetividad,
cómo a los objetivos les da objetividad,
y la miel,
y el loro salvaje,
y la no-imperdonable caída del estero en el
 infinito,
y el bosque, pudriéndose en el depositario
 estero,
con el herir del alba en la mano del mono,
 y el curandero-yeguarizo entreverado con los
 otros caballos:
el inocente parejero,
la yegua de la rosa sagrada en la rodilla,
y el padrillo de la bondad criolla en
 llamaradas.**

Mediodía en un remate de hacienda

a Roberto Borja y Gaspar Madariaga

Andaba por ahí Luicho Merlo,
gaucho negro,
Rey,
¡y hombre de la Cuenca del Plata!
sin que nada preanunciara un gusto impuro
entre el
olor a caballadas.

Era una mañana luminosa, una mañana Ley-País
del Día Puro,
lejos de la tormenta,
o de la noche . . .
así, como cuando yo he querido destronarme de mí y
ser la introducción del aire puro en la sombra
del sueño, aquel estero era circular y macho
de oro en el pre-invierno.

¡Trapiche-Cue, el estero!, cielo-junco redondo y ala
circular de abeja-junco, dinero acumulado de los
sueños del agua del consentimiento hadal multi-
plicado por el color infantil de la delicadeza
del reino del Santo de la realidad y del
relincho
que arde en el pecho del paraje correntino,

memoria sangral del agua madre,
eco,
¡y yo ya no tengo talento, oh gloria, queda mi
cuento
disuelto en el sexo de la luminosidad!

¿De mí?: quedará sólo un poncho gaucho caído en
medio
del cielo.

Están bañando unos caballos al costado del
teru teru . . .

